

entonces entenderse con ella; y que el continente no estallarían tan pronto, etc., etc. Hablaba también de Malta, la cual tomaría á los caballeros al paso, asegurándola para Francia. Los debates fueron muy acalorados, y produjeron una escena que nunca se ha referido con exactitud. En un arrebato de impaciencia, Bonaparte pronunció la palabra dimisión. «Estoy lejos de querer que os la den, exclamó Larevellière con firmeza; pero si la ofrecéis, soy de opinión que se acepte (1).» Desde aquel momento, Bonaparte no volvió á pronunciar la palabra dimisión.

Vencido al fin por las instancias y razones de Bonaparte, el Directorio consintió en la expedición propuesta, seducido por la grandiosidad de la empresa, sus ventajas comerciales y el haber prometido Bonaparte que estaría de regreso para el invierno, á fin de intentar entonces el desembarco en Inglaterra. Convino en el secreto, y para guardarlo mejor, no se valieron de la pluma de los secretarios. Merlin, presidente del Directorio, escribió el orden de su puño y letra, sin designar en ella la naturaleza de la empresa. Acordóse que Bonaparte podría llevar consigo treinta y seis mil hombres del antiguo ejército de Italia, cierto número de generales y oficiales de su elección, sabios, ingenieros, geógrafos, obreros de toda especie y la escuadra de Bruceys reforzada con una parte de los buques que habían quedado en Tolón. Expedióse á la Tesorería orden de entregarle millón y medio por década, y se le permitió tomar tres de los ocho del tesoro de Berna. Se ha dicho que se había invadido la Suiza para poderlo hacer después en Egipto; pero ahora puede juzgarse lo que hay de verdad en semejante suposición.

Bonaparte formó en el acto una comisión encargada de recorrer los puertos del Mediterráneo para preparar todos los medios de transporte; titulóse «Comisión para el armamento de las costas del Mediterráneo», é ignoraba, como todo el mundo, el objeto de dicho armamento. El secreto se guardaba entre Bonaparte y los cinco directores; y como se hacían preparativos en todos los puertos á la vez, se supuso que el armamento del Mediterráneo no era sino la consecuencia del que se hacía en el Océano. El ejército reunido en el primero de dichos mares, se titulaba «la izquierda del ejército de Inglaterra.»

Bonaparte puso manos á la obra con esa actividad extraordinaria que le distinguía en la ejecución de todos sus proyectos. Recorriendo alternativamente las casas de los ministros de la Guerra, de Marina y de Hacienda, pasaba después á la Tesorería, asegurándose por sus propios ojos de la ejecución de las órdenes, valiéndose de su ascendiente para apresurar su expedición; y en correspondencia con todos los puertos, con Suiza y con Italia, hizo preparar todo con increíble rapidez. Señaló cuatro puntos para la reunión de los convoyes y tropas: el principal convoy debía salir de Tolón, el segundo de Génova, el tercero de Ajaccio, y el cuarto de Civitavecchia. Mandó encaminar hacia Tolón y Génova los destacamentos del ejército de Italia que entraran en Francia, y á Civitavecchia una de las divisiones que habían

(1) Se ha atribuído únicamente esta contestación á Rewbell ó á Barras, suponiéndose también en esta discusión una causa muy diferente de la verdadera. La escena ocurrió con motivo de la expedición de Egipto y con Larevellière.

marchado sobre Roma; después, que se tratara en Francia y en Italia con capitanes de barcos mercantes, y obtuvo así en los puertos que debían servir de puntos de partida cuatrocientos buques. Después reunió una numerosa artillería, eligiendo dos mil quinientos jinetes de los mejores, á los cuales se hizo embarcar sin caballos, porque se proponía equiparlos á expensas de los árabes; no quiso llevar consigo más que sillas y arneses, y sólo permitió embarcar trescientos caballos, para tener á su llegada algunos jinetes montados y varias piezas enganchadas. Reunió obreros de todas clases, mandando traer de Roma las imprentas griega y árabe de la Propaganda, con una legión de impresores, y formó en seguida una colección completa de instrumentos de física y de matemáticas. Los sabios, los artistas, ingenieros, dibujantes y geógrafos que llevaba consigo, elevábanse á un centenar de individuos.

Los hombres más ilustres se asociaban á su empresa: Monge, Berthollet, Fourier, Dolomieu, Desgenettes, Larrey y Dubois eran de la expedición. Todo el mundo quería asociarse á la fortuna del joven general; ignorábase adónde se iba; pero se estaba dispuesto á seguirle á todas partes. Durante las negociaciones de Udina, Desaix había ido á visitar los campos de batalla, tan célebres ya en Italia; desde entonces contrajo amistad con Bonaparte, y quiso seguirle. Kléber estaba en Chaillot, murmurando, según su costumbre, contra el gobierno, y sin querer pedirle ningún empleo. Sin embargo, iba á visitar con frecuencia al gran maestro en el arte, á quien profesaba un profundo cariño. Bonaparte le propuso que le siguiese, y Kléber aceptó con la mayor alegría, aunque diciendo:

—Pero, ¿lo permitirán los abogados?

Así llamaba Kléber á los directores. Bonaparte se encargó de zanjar todos los obstáculos.

—Pues bien, repuso Kléber, quien creía que iba á Inglaterra, si arrojáis un brulote en el Támesis, poned en él á Kléber y veréis lo que sabe hacer.

A estos dos generales de primer orden, Bonaparte agregó á Reignier, Dugua, Vaubois, Bon, Menou, Baraguay-d'Hilliers, Lannes, Murat, Belliard y Dammartin, quienes le habían secundado ya tan bien en Italia. El intrépido y sabio Caffarelli-Dufalga, que había perdido una pierna en el Rhin, mandaba los ingenieros; y el débil, aunque condescendiente Berthier, debía ser el jefe del estado mayor: contenido por una pasión, estuvo á punto de abandonar al general que había hecho su fortuna; pero avergonzado después, se excusó y corrió á embarcarse en Tolón. Bruceys mandaba la escuadra; Villeneuve, Blanquet-Duchaila y Decrés eran los contraalmirantes, y Gantheaume el jefe de estado mayor de la marina. Así, pues, todo cuanto contenía Francia de más ilustre en la guerra, en las ciencias y las artes, iba á embarcarse, bajo la fe del joven general, para un punto ignorado.

En Francia y en toda Europa resonaba el rumor de los preparativos que se hacían en el Mediterráneo, y formábanse conjeturas de toda especie. —¿Adónde va Bonaparte?, se preguntaban: ¿adónde van esos bravos, esos sabios y ese ejército? — Van al mar Negro, decían los unos, para devolver Crimea á la Puerta. Van á la India, decían los otros, para socorrer al sultán Tippu-Saib. Algunos, acercándose más á la verdad, sostenían

que se iba á perforar el istmo de Suez, ó bien á desembarcar en sus orillas para embarcarse de nuevo en el mar Rojo é ir á la India; varios adivinaban el objeto mismo, asegurando que se iba á Egipto, autorizando esta última conjetura una Memoria del Instituto del año anterior. Los más hábiles, en fin, suponían una combinación más profunda. Todo aquel aparato, que parecía indicar un proyecto de colonia, no era, según ellos, sino una ficción; Bonaparte quería sólo atravesar el estrecho de Gibraltar con la escuadra del Mediterráneo, atacar á lord Saint-Vincent, que bloqueaba á Cádiz, rechazarle, libertar á la escuadra española y conducirla á Brest, donde se realizaría la deseada unión de todas las flotas del continente. Así se explicaba que la expedición del Mediterráneo se llamase ala izquierda del ejército de Inglaterra.

Esta última conjetura fué precisamente la que predominó en el pensamiento del gabinete inglés. Hacía seis meses que estaba espantado, sin saber por qué punto estallarían la tempestad que se formaba hacia tanto tiempo. En tal estado, la oposición se reunió al ministerio por algunos momentos, é hizo causa común con él. Sheridan había vuelto su elocuencia contra la ambición é invasora turbulencia del pueblo francés, y adhirióse á las proposiciones del ministerio, excepto á la suspensión del *Habeas corpus*. Pitt mandó armar inmediatamente una segunda escuadra, y apelóse á extraordinarios esfuerzos para que se hiciera á la mar; se aumentó con diez grandes navíos la escuadra de lord Saint-Vincent, para que estuviera en disposición de cerrar bien el estrecho, hacia el cual se suponía que iba á dirigirse Bonaparte; y por último lord Saint-Vincent destacó á Nelson con tres buques para recorrer el Mediterráneo y observar la marcha de los franceses.

Todo estaba dispuesto para el embarque, y Bonaparte iba á marchar á Tolón, cuando una escena ocurrida en Viena y las disposiciones manifestadas por diversos gabinetes estuvieron á punto de retenerle en Europa. La fundación de dos nuevas repúblicas había excitado en el más alto grado el temor al contagio revolucionario; é Inglaterra, que deseaba fomentarle, había llenado las cortes con todos sus emisarios. Instaba al nuevo rey de Prusia á salir de su neutralidad, para preservar á la Alemania del torrente; infundía sus ideas en el arrebatado ánimo del emperador Pablo; trataba de alarmar al Austria respecto á la ocupación de la cadena de los Alpes por los franceses, ofreciéndole recursos para comenzar de nuevo la guerra, y excitaba las locas pasiones de la reina de Nápoles y de Acton. Esta última corte, más irritada que nunca, quería que Francia evacuase á Roma, cediéndole una parte de las provincias romanas. El nuevo embajador Garat había empleado inútilmente una extremada moderación, y ya no podía resistir más los malos tratamientos del gabinete napolitano. El estado del continente inspiraba, pues, justos temores, y una circunstancia contribuyó á que se agravase. Bernadotte había sido enviado á Viena para dar explicaciones al gabinete austriaco, y debía residir allí, aunque no hubiese aún ningún embajador en París. Este general, de genio turbulento y susceptible, era poco propio para la misión que debía llenar. El 14 abril (25 germinal) se quiso celebrar en Viena el armamento de los voluntarios imperiales: ya se recordará el celo que

éstos manifestaron el año anterior y la suerte que tuvieron en Rívoli y en la Favorita. Bernadotte incurrió en el error de querer oponerse á la fiesta, diciendo que era un insulto para Francia, á lo cual el emperador respondió y con razón que era el amo en sus Estados; que Francia era libre de celebrar sus victorias; pero que él también podía hacerlo tratándose de la fidelidad de sus súbditos. Bernadotte quiso contestar á una fiesta con otra; dispuso que se celebrase en su palacio una de las victorias del ejército de Italia, cuyo aniversario era, y enarboló en su puerta la bandera tricolor con las palabras *igualdad, libertad*. Excitado el populacho de Viena, según dicen, por los emisarios del embajador inglés,



Costaz

precipitóse sobre el palacio del representante de Francia, rompió los cristales, y entregóse á varios desórdenes. El ministerio austriaco se apresuró á enviar auxilios á Bernadotte, y condújose con él de muy distinto modo que el gobierno romano con José Bonaparte. Bernadotte, cuya imprudencia había provocado aquel conflicto, se retiró de Viena para trasladarse á Rastadt. El gabinete de Viena sintió mucho aquel suceso: era claro que, aunque estuviese dispuesto á volver á tomar las armas, no habría empezado por insultar á nuestro embajador, promoviendo hostilidades para las que no estaba dispuesto; y consta, por el contrario, que muy descontento de Francia y de sus últimas invasiones, y prescindiendo de que sería necesario empeñar de nuevo la lucha algún día con ella, no estaba, sin embargo, preparado aún, pues creía sus pueblos fatigados y escasos de recursos para atacar de nuevo al coloso republicano. Acto continuo publicó una desaprobación de este acontecimiento, escribiendo á Bernadotte para apaciguarle.

El Directorio creyó ver en el suceso de Viena un rompimiento, y dió en el acto contraorden á Bonaparte; y hasta quiso que marchase á Rastadt para imponer al emperador, obligándole á dar satisfacciones ó á que aceptase la guerra. Bonaparte, muy descontento por la tardanza que resultaría para llevar á cabo sus planes, no quiso ir á Rastadt, y juzgando la situación mejor que el Directorio, afirmó que aquel acontecimiento no tenía la

gravedad que se le suponía. En efecto, Austria escribió en el acto que iba á enviar por fin un ministro á París, Mr. de Degelmann; aparentó deponer al ministro director Thugut, y anunció que Mr. de Cobentzel pasaría al punto que el Directorio fijase para explicarse con un enviado de la Francia respecto al acontecimiento de Viena y las alteraciones ocurridas en Europa después del tratado de Campo Formio. La borrasca parecía, pues, disipada; y además, las negociaciones de Rastadt habían progresado de un modo importante. Después de disputar palmo á palmo la orilla izquierda del Rhin, después de querer reservarse el terreno comprendido entre aquel río y el Mosela, y un pequeño territorio entre el Roer y el Rhin, la diputación del Imperio había concedido por último toda la orilla izquierda, reconociéndose la línea del Rhin como límite natural. Habíase admitido

otro principio no menos importante, el de la indemnización de los príncipes desposeídos por medio de secularizaciones; pero faltaba discutir puntos no menos difíciles: la repartición de las islas del Rhin, la conservación de los puntos fortificados y de los puentes, la suerte de los monasterios y de la nobleza inmediata en la orilla izquierda, el pago de las deudas de los países cedidos á Francia, la manera de aplicar las leyes de la emigración, etc., etc. Estas eran cuestiones difíciles de vencer, sobre todo con la lentitud alemana.

Tal era la situación del continente, y como el horizonte parecía aclararse un poco, Bonaparte obtuvo permiso para marchar á Tolón. Convínose en que Mr. de Talleyrand partiría inmediatamente después para Constantinopla con el objeto de conseguir que la Puerta aprobase la expedición de Egipto.

CAPITULO XIII

Expedición de Egipto. - Salida de Tolón. - Llegada á Malta. - Conquista de esta isla. - Marcha á Egipto. - Desembarco en Alejandría. - Toma de esta plaza. - Marcha al Cairo. - Combate de Chebreiss. - Batalla de las Pirámides. - Ocupación del Cairo. - Trabajos administrativos en Egipto. - Establecimiento de la nueva colonia. - Combate naval de Abukir. - Destrucción de la flota francesa por los ingleses.

Bonaparte llegó á Tolón el 20 floreal del año vi (9 de mayo de 1799), y su presencia regocijó al ejército, que comenzaba á murmurar, temiendo no se pondría á la cabeza de la expedición. Era el antiguo ejército de Italia, rico y cubierto de gloria y del cual podía decirse *que tenía hecha su fortuna*. Por eso mostraba menos celo en guerrear, y era necesaria toda la pasión que le inspiraba su general para decidirle á embarcarse, lanzándole á una empresa desconocida. Sin embargo, dejóse llevar del entusiasmo cuando se presentó en Tolón Bonaparte, á quien no había visto hacía ocho meses, y el cual le dirigió al punto la siguiente proclama sin explicarle su proyecto:

«¡Soldados!

»Vosotros formáis una de las alas del ejército de Inglaterra: habéis hecho la guerra de montañas, de llanuras y de sitio; faltaos la guerra marítima.

»Las legiones romanas, á las que habéis imitado algunas veces, pero no igualado todavía, combatieron á Cartago sucesivamente por mar y en las llanuras de Zama; y la victoria no les abandonó jamás, porque fueron siempre intrépidas, pacientes para soportar la fatiga, disciplinadas y unidas entre sí.

»¡Soldados, la Europa os contempla! Tenéis grandes misiones que cumplir, batallas que empeñar, peligros y fatigas que vencer; haréis más de lo que habéis hecho para la prosperidad de la patria, la felicidad de los hombres y vuestra propia gloria.

»Soldados, marineros, infantes, artilleros y jinetes, permaneced unidos; acordaos que en el día de una batalla os necesitáis unos á otros.

»Soldados, marineros, hasta aquí se os ha descuidado; toda la solicitud de la república es hoy para vosotros; seréis dignos del ejército de que formáis parte.

»El genio de la libertad, que desde su nacimiento ha hecho á la república árbitra de Europa, quiere que lo sea también de los mares y de las más lejanas naciones.»

No se podía anunciar más dignamente una grande empresa, conservando siempre el misterio que debía rodearla.

La escuadra del almirante Brueys constaba de trece navíos de línea, á saber: el *Oriente*, de ciento veinte cañones, montado por el almirante y el general en jefe; dos de ochenta y diez de setenta y cuatro. Había además dos buques venecianos de sesenta y cuatro cañones, seis fragatas venecianas y ocho francesas, setenta

y dos corbetas, balandras, avisos, lanchas cañoneras y otros barcos pequeños de toda especie. Los de transporte, reunidos, tanto en Tolón como en Génova, Ajaccio y Civitavecchia, elevábanse á cuatrocientos. Contábanse, pues, quinientas velas, que iban á flotar á la vez en el Mediterráneo: jamás se había visto en los mares semejante armamento; en la flota iban cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marineros. Se llevaba agua para un mes y víveres para dos.

La escuadra se hizo á la vela el 30 floreal (19 mayo), entre las salvas de artillería y las aclamaciones del ejército. Los vientos contrarios causaron algunos defectos en una fragata á la salida del puerto; y habían ocasionado también tales averías á los tres buques con que cruzaba Nelson, que éste se vió precisado á tocar en las islas de San Pedro para repararlas; y alejado así de la escuadra francesa, no la vió salir. La flota se dirigió primeramente hacia Génova, para reunirse con el convoy que esperaba en aquel puerto bajo las órdenes del general Baraguay-d'Hilliers; enderezó después el rumbo en dirección á Córcega, á fin de recoger el convoy de Ajaccio, mandado por Vaubois; y avanzó seguidamente por el mar de Sicilia con el objeto de reunirse al convoy de Civitavecchia, cuyo jefe era Desaix. Bonaparte formó el proyecto de dirigirse á Malta, para intentar al paso una empresa audaz, cuyo éxito había preparado de antemano por medio de tramas secretas. Quería apoderarse de aquella isla, que dominando la navegación del Mediterráneo, llegaba á ser importante para el Egipto, y que no podía menos de caer muy pronto en poder de los ingleses si no se evitaba.

La orden de los caballeros de Malta era como todas las instituciones de la Edad media: había perdido su objeto y por lo tanto su dignidad y su fuerza; no era ya sino un abuso, provechoso únicamente para aquellos que le explotaban. Los caballeros tenían en España, Portugal, Francia, Italia y Alemania bienes considerables; que les había cedido la piedad de los fieles para proteger á los cristianos cuando iban á visitar los santos lugares; pero ya no había más peregrinaciones de esta especie, teniendo los caballeros por única misión el deber de proteger á las naciones cristianas contra los berberiscos, aniquilando la infame piratería que infestaba el Mediterráneo. Los bienes de la orden bastaban para el mantenimiento de una marina considerable; pero los caballeros no se ocupaban de ningún modo en formar una; sólo tenían dos ó tres fragatas viejas, que